

Juan 1:1-14

Canta una canción para Navidad (vol. 2)

"Noche de Paz"

21 de diciembre de 2025; Cuarto domingo de Adviento

Reverendo Brian North

Iglesia Rose Hill; Kirkland, WA

Esta mañana continuamos con nuestra serie que relaciona un himno navideño con un pasaje bíblico de Navidad, y hoy analizaremos "Noche de Paz" y los primeros catorce versículos del evangelio de Juan. Me gustaría comenzar esta mañana contándoles un poco de la historia de "Noche de Paz", porque es fascinante. Como muchos himnos, fue escrito originalmente como un poema. En este caso, proviene del pueblo de Roquemaure (roh-kuh-MORE), en el sur de Francia. En 1847, el párroco local le pidió al poeta Placide Cappeau que escribiera un poema para la Misa de Nochebuena para conmemorar la renovación del órgano de la iglesia. Curiosamente, Cappeau no era particularmente religioso —algunos dicen que incluso era ateo—, sin embargo, el poema que escribió es profundamente teológico.

La música fue compuesta un poco más tarde por el amigo de Cappeau, Adolphe Adam, un conocido compositor francés de ballets y óperas, y él era judío. Cappeau sintió que un poema solo no era suficiente para conmemorar el órgano; necesitaba ser cantado. Así que Adam compuso la melodía, y "Noche de Paz" se estrenó en la Misa de Nochebuena de 1847.

A principios de la década de 1850, los líderes de la iglesia comenzaron a expresar preocupación por el himno, no por su teología, que se consideraba sólida, sino por los orígenes de sus creadores. Las opiniones religiosas poco ortodoxas de Cappeau —de nuevo, quizás incluso ateo— y la fe judía de Adam hicieron que la canción fuera controvertida. Si bien el himno nunca fue prohibido formalmente en los servicios católicos, se desaconsejó su uso. Sin embargo, a principios del siglo XX, volvió a ser ampliamente utilizado.

¡Pero hay más!

En Norteamérica, la traducción al inglés, realizada en 1855 por John Sullivan Dwight, se hizo popular de forma inmediata y masiva. ¡Y él era un pastor unitario trascendentalista! Los unitarios niegan la Trinidad, una de las doctrinas centrales de la fe cristiana. Y si bien el trascendentalismo tiene sus raíces, de forma general, en ideas cristianas, representa una distorsión significativa y una desviación del cristianismo bíblico.

Por lo tanto, resulta fascinante que este querido himno navideño tuviera un letrista, un compositor y un traductor (para quienes lo cantamos en inglés) que, en el mejor de los casos, eran teológicamente cuestionables. Además, aparte de mencionar brevemente a los Reyes Magos que visitaron a Jesús, ninguno de los personajes de las narrativas de

Mateo y Lucas aparece en esta canción. Ni María, ni José, ni los ángeles, ni los pastores, ni los animales, ni el pesebre, nada de eso.

Todo esto hace que "Noche de Paz" sea un himno apropiado para acompañar Juan 1:1-14, porque el Evangelio de Juan es la excepción en lo que respecta a las biografías de Jesús. La idea principal es la misma: Jesús nace, ministra/enseña, es crucificado y resucita al tercer día. Pero presenta muchos eventos diferentes... y escribe desde una perspectiva distinta, especialmente en lo que respecta al nacimiento de Jesús. Mateo y Lucas nos dan la narrativa de los eventos y las personas: genealogías, pastores, ángeles, un pesebre, María y José, y demás. Juan, sin embargo, cuenta la historia de la Navidad sin ninguno de los personajes conocidos. Ni María, ni José, ni pastores, ni ángeles. Ni Reyes Magos de Oriente, ni regalos. Ni pesebre. Ni animales. La lista de omisiones es interminable.

Y sin embargo, al igual que "Noche de Paz", la teología que nos presenta Juan es increíblemente profunda. Juan cuenta la historia del Hijo de Dios que viene a nosotros como uno de nosotros, pero desde un ángulo completamente diferente. Así que, volvamos a Juan 1:1-14, leyendo los catorce versículos de una vez esta mañana. Esta es la Palabra de Dios para ti y para mí hoy.

Juan comienza su biografía de Jesús conectándola con el principio mismo de las Escrituras con las palabras: "En el principio...". Como quizás sepan, el Génesis (todo el Antiguo Testamento) fue escrito originalmente en hebreo. Pero unos 300 años antes del nacimiento de Jesús, el Génesis fue traducido al griego. Para cuando se escribió el Nuevo Testamento (a principios de la década de 50 d.C.), la traducción griega completa del Antiguo Testamento ya existía desde hacía unos 150 años. Juan utiliza intencionadamente las mismas dos primeras palabras griegas que se encuentran en Génesis 1:1, «En archē», que significan «En el principio». Juan nos muestra que el Dios del Génesis es el mismo Dios revelado en Jesús. Esta Palabra hecha carne, que era Dios y estaba con Dios en el principio, y por medio de quien todas las cosas fueron hechas, ha venido ahora a nosotros como uno de nosotros.

Juan describe claramente la venida de lo divino en carne. Como dice el himno: «¡Oh noche divina! ¡Oh noche en que nació Cristo!». El término teológico para «Lo divino que viene a nosotros en la carne» es la encarnación de Jesús. La Palabra se hizo carne. Es Dios que viene a nosotros como uno de nosotros. Este es el acontecimiento de la Navidad contado de una manera completamente diferente.

Juan también nos presenta uno de los temas centrales de su biografía de Jesús: Jesús es la luz de toda la humanidad, en contraste con la oscuridad. Este tema es particularmente fuerte en los escritos de Juan (lo escuchamos antes en nuestra letanía de las velas de Adviento), aunque también está presente en Mateo, Marcos y Lucas. Lo destacamos cada Nochebuena cuando cada uno sostiene una vela. Se encienden velas a partir de la vela de Cristo. Las luces eléctricas se apagan y la oscuridad retrocede a medida que las velas, que representan la luz de Cristo, iluminan la habitación.

Después de mencionar brevemente a Juan el Bautista en los versículos 6-8: Los versículos 9-13 nos dicen que la verdadera luz que ilumina a todos vino al mundo, y particularmente vino a "los suyos", a Israel. Sin embargo, muchos no lo recibieron. Esto no significa que ningún judío lo haya recibido. Muchos judíos en la época de Jesús creyeron en él y lo siguieron. Los 12 discípulos, por ejemplo, eran todos judíos. En un momento dado, Jesús envió a 70 discípulos que, sin duda, eran todos, o casi todos, judíos. Casi todas las personas a las que Jesús ministró eran judías. Pero muchos, particularmente los líderes religiosos, no aceptaron a Jesús.

Y luego Juan escribe algo bastante asombroso: "A todos los que lo recibieron... les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios" (Juan 1:12). Al confiar en Jesús y seguirlo, llegamos a conocer a Dios como nuestro Padre celestial. Cuando hacemos esto, recibimos nuestra identidad más fundamental como hijos de Dios y Creador del Universo.

Y luego el versículo 14 lo resume todo: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Hemos visto su gloria, la gloria del Hijo unigénito, que vino del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). Ese versículo por sí solo es la historia de la Navidad. De hecho, es más que eso: es la vida y la misión de Jesús, resumidas en una sola frase.

Así que Jesús es el Hijo —con mayúscula— del Padre. Forma parte de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Trinidad es un misterio, y toda analogía se queda corta, pero quizás esta ayude:

La Trinidad es una sola esencia, plenamente Dios, expresada en tres personas o tres seres. Esta lata de palomitas de maíz es algo similar: son todas palomitas de maíz, pero se presentan en tres sabores. Como todas las analogías de la Trinidad, esta también tiene sus limitaciones, porque Dios no está compuesto de partes. Cada ser de la Trinidad es plenamente Dios; no son dioses separados. Pero quizás la analogía de las palomitas de maíz ayude un poco. En fin, si reciben uno de estos regalos en Navidad, considérenlo un obsequio muy espiritual y teológicamente apropiado. De hecho, y quizás no debería decirlo, pero tal vez sea casi comparable a la Comunión. 🤔 (¡Es broma!)

Así que, aquí está la conexión que quiero establecer. Jesús es el Hijo eterno de Dios. Pero en el versículo 12, Juan dice que quienes reciben a Jesús también se convierten en hijos de Dios, hijos o hijas. Pero hay una distinción importante que debemos recordar: eso no nos convierte en parte de la Trinidad.

Lo que sí hace el versículo 12 es lo siguiente: nos da nuestra identidad más profunda y fundamental. Cuando un niño nace en una familia, el primer sentido de identidad proviene de la madre y el padre. Incluso antes del nacimiento, esta identidad se está formando en el vientre materno. Una vez que nace, el niño comienza a aprender cómo es, cómo relacionarse con los demás, lo que significa ser cuidado, cómo comportarse, lo que significa estar conectado con otros seres humanos y lo que significa ser humano.

Lo mismo ocurre espiritualmente como hijos de Dios. No es solo una metáfora o una etiqueta. Esta es una relación real con Dios nuestro Creador, formada al recibir a Jesús.

Y esta relación define quiénes somos. Saben, luchamos con la identidad en nuestra cultura. Nos definimos por lo que hacemos o con quién nos relacionamos. “Soy maestro. Soy médico. Estoy jubilado. Soy republicano. Soy demócrata. Soy rico. Soy pobre. Soy esquiador. Soy cantante. Soy soltero. Estoy casado. Soy joven. Soy viejo. Soy ‘completa la frase’”. Ninguna de estas son identidades definitivas. Son parciales, imperfectas y temporales. Pueden cambiar o desaparecer en cualquier momento.

Pero cuando te conviertes en hijo de Dios al recibir a Jesús: esa identidad nunca cambia. Eso es lo que eres. Esa es tu identidad definitiva. Nuestras otras identidades pueden cambiar. Pero nuestra identidad como hijos de Dios gracias al Hijo de Dios, Jesús, nunca cambia. Y a partir de esa relación, aprendemos lo que significa ser humano. Así como un bebé crece en una familia y es moldeado por ella, lo mismo ocurre con un hijo de Dios. Nuestros valores se ven influenciados por esta identidad, al igual que nuestra actitud y, finalmente, nuestro comportamiento. Muchas personas, incluyendo muchos cristianos, piensan que el cristianismo se trata principalmente de modificar el comportamiento. No es así. Esa es la última parte. Nuestro comportamiento está influenciado por nuestras actitudes, que a su vez están influenciadas por nuestros valores, y estos por nuestra identidad. Todo comienza con recibir a Jesús y la identidad de "hijo de Dios" que conlleva.

Y el relato majestuoso y trascendente de la Navidad según San Juan realmente resalta esta verdad. ¡Pertenece a Dios! ¡Eres amado! Eres hijo del Dios del Universo, ¡el Dios que creó el cosmos! ¡Le perteneces! Es una verdad asombrosa, y es nuestra cuando recibimos a Jesús.

Así que, esta Navidad, si nunca has recibido este regalo, no hay mejor momento que ahora para abrirlo y recibir a Jesús. La Biblia usa con frecuencia la "adopción" como metáfora para hablar de lo que esto significa. Anhelamos formar parte de la familia de Dios. El proceso de adopción en la vida real es costoso, lento y angustioso. Gwen y yo lo hemos vivido dos veces, así que hablo por experiencia. La adopción de Dios también fue costosa, pero Jesús hizo todo el trabajo. Y fue el amor —lo que celebramos en este cuarto domingo de Adviento— lo que lo impulsó a hacerlo. Dejó el trono celestial sobre toda la creación — Pablo escribe en Filipenses 2 que Jesús "se despojó de sí mismo y se hizo nada"— para que pudieras ser adoptado como hijo de Dios, porque te ama. Ahora es el momento de recibir ese regalo de Jesús y comenzar la vida como hijo de Dios.

Y si ya has recibido a Jesús... Si has sido adoptado en su familia y confías en él, mantente firme en esa identidad: eres hijo de Dios. No permitas que otras identidades, basadas en lo que haces, se conviertan en tu identidad fundamental y suplanten la identidad que Dios te da en Jesús. No permitas que los regalos debajo del árbol superen el regalo que Dios te da en Jesús: que eres hijo de Dios.

Y esto nos lleva a darle a Dios toda la alabanza y toda la gloria. Las tres personas que nos dieron este regalo de "Noche Santa" son un testimonio de que no se necesita una fe o una teología perfectas para alabar y glorificar a Dios. Ningún niño es perfecto, pero aun así es amado. Lo mismo ocurre en la familia de Dios: podemos ser imperfectos, pero Dios nos ama y puede obrar a través de nosotros.

Y como dice "Noche Santa", estamos invitados a "arrodillarnos" y "escuchar las voces de los ángeles"; a "contemplar a nuestro rey" y "humillarnos ante él"; y como concluye el himno: "¡Cristo es el Señor! ¡Alabemos su nombre para siempre! ¡Proclamemos su poder y su gloria para siempre! ¡Proclamemos su poder y su gloria para siempre!". Esta es la respuesta de quienes creen y saben que son hijos de Dios gracias a lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Es la respuesta de quienes pueden hacer eco del versículo 14: "Hemos visto su gloria, la gloria del Hijo unigénito que vino del Padre, lleno de gracia y de verdad" (versículo 14). Solo Él es digno de nuestra devoción, nuestra alabanza y nuestra adoración, porque posee todo el poder y toda la gloria.

Así que, iglesia: hagámoslo. No solo al cantar Noche de Paz; no solo al adorar los domingos o en Nochebuena, no solo cuando nos resulte conveniente... sino con toda nuestra vida. El discipulado de Jesús abarca todo lo que somos, porque hemos sido adoptados en la familia de Dios como sus hijos. Y podemos vivir para Él cada día, dándole toda la alabanza y toda la gloria, porque somos hijos de Dios al haber recibido a Jesús. Oremos... Amén.